

## Comentarios sobre *2010: una agenda para la región*, de Fabián Bosoer y Fabián Calle (Buenos Aires, Taeda, 2007, 619 páginas).

Por Luciano Anzelini\*

Fabián Bosoer y Fabián Calle, al frente de un colectivo de veinte de intelectuales sudamericanos, emprenden la laboriosa tarea de dilucidar los escenarios que deberá afrontar la región en los próximos años. *Menudo propósito* el de los compiladores de la obra, quienes desde una perspectiva generacional –la mayoría de los autores tienen entre 30 y 50 años– ofrecen la mirada de un grupo que se formó en sus respectivos países, se especializó en el extranjero, vivió una juventud marcada por la transición a la democracia y, en ciertos casos, accede hoy a puestos de responsabilidad en el gobierno.

Se trata de un aporte sensato e inteligente, despojado de idealismos inconducentes, que combina rigurosos y bien documentados ejercicios de investigación con lecturas pragmáticas de la realidad. Dirigido tanto a profesionales del área como al público no universitario interesado en los asuntos internacionales, el trabajo revisa los desafíos económicos internos y externos, la inserción en la globalización y los futuros escenarios geopolíticos regionales y globales, siempre con la mirada puesta en las enormes *ventanas de oportunidad* que se abren para los países de la región.

En este sentido, es preciso señalar que estamos frente a una obra que se diferencia de lo que fue regla durante muchos años en los estudios regionales, es decir, de aquellos trabajos que presentaban a América Latina reflexionando acerca de sus sucesivas crisis. Por el contrario, *2010: una agenda para la región* abreva en el ingente desafío de aprovechar el momento de excepcional crecimiento económico que atraviesan los países de la región. En definitiva, se trata de un abordaje que, a la vez que combina optimismo con una sopesada lectura de la realidad, representa un quiebre con la histórica tendencia *decadentista* de los estudios sobre América Latina.

La tarea se lleva a cabo desde una perspectiva holística, abarcativa, que complementa interdisciplinariamente ensayos sobre temáticas generales con estudios específicos de caso (Chile, Brasil, Bolivia, Haití). De este modo, la vinculación entre temáticas comunes y experiencias concretas cobra forma al calor de una fuerte interacción entre los campos intelectual e institucional.

Sin dudas, el trabajo coordinado por Bosoer y Calle cuenta con dos puntos fuertes que ameritan una mención especial. Por un lado, como derivación de su naturaleza interdisciplinaria, nos pone en contacto con una agenda multidimensional, interconectada, por momentos algo desordenada –porque la realidad misma de la región cobra ese tinte–, pero de referencia obligatoria para políticos, intelectuales, dirigentes y empresarios. Y lo hace, en lo que representa otro aporte sustantivo de la obra, con un lenguaje despojado de tecnicismos vacuos, que facilita su lectura por parte del público culto no universitario, interesado en las relaciones internacionales.

---

\* UTDT

El otro aspecto saliente de la obra es su intención de tender puentes entre el mundo intelectual y los *policymakers*. En este sentido, lejos del *narcisismo académico o autorreferencial* –tal vez justificable en otros campos pero no en aquellos tan ligados a la toma de decisiones–, el libro intenta llenar la histórica brecha entre intelectuales y funcionarios, promoviendo un tipo de acercamiento que es común en el mundo desarrollado, en donde el vínculo entre universidades, *think tanks* y decisiones estratégicas de Estado es un dato irrefutable de la realidad.

En el terreno de los aportes específicos, Alejandro Corbacho se pregunta acerca de las posibilidades con que cuenta el experto-científico de mejorar la precisión en los pronósticos sobre las relaciones internacionales. Se trata, pues, de la clásica e inagotada discusión acerca de la optimización en los procesos de toma de decisiones.

En el capítulo siguiente, el politólogo Gerardo Caetano aborda la cuestión de las ideas en torno al pasado y al futuro como tema central de la conciencia histórico-política de la región. Así pues, el autor uruguayo indaga en los relatos del pasado como punto de referencia para reflexionar acerca de los desafíos futuros de América del Sur.

En el tercer capítulo, Luis Tonelli reflexiona acerca del retorno del conflicto al centro de la escena en América del Sur, situación que se manifiesta, en el plano externo, en el incremento de los incidentes entre países y en la paralización de los procesos integracionistas. Con una mirada que pondera la importancia de la acción política, el autor se pregunta sobre el futuro proceder de los gobiernos sudamericanos frente a esta vuelta del conflicto.

Khatchik Derghougassian aborda las implicancias que tienen el ingreso de América del Sur en la *era de la guerra contra el terrorismo* y el escenario posterior al 11 de septiembre de 2001. En este sentido, afirma que, pese a que la región atraviesa una larga paz (al menos, desde el punto de vista minimalista que la entiende como *zona de no-guerra*), subsisten, sin embargo, profundas fuentes de inestabilidad –tanto internas como transfronterizas– que constituyen un factor de atracción para posibles intervenciones foráneas.

Jorge Elías, por su parte, emprende un análisis de las contradicciones de una América del Sur que no termina de internalizar una cultura democrática. Así, sus gobiernos estuvieron en la última década más orientados a fomentar la riqueza que a combatir la pobreza, reformaron pero no evolucionaron, privatizaron pero no cambiaron. En definitiva, según las palabras del autor, hoy la región “crece, pero no prospera”.

Tomás Bulat analiza el contexto de fenomenales posibilidades que el actual escenario económico internacional ofrece a los países de América del Sur. El extraordinario papel que desempeñarán China e India en los próximos cincuenta años –cuya naturaleza es estructural y no coyuntural– proporciona a nuestros países una oportunidad sin precedentes para insertarse en el mundo y complementarse con estas potencias en fulgurante ascenso.

El séptimo capítulo presenta a Andrés Serbín analizando la multiplicidad de esquemas de integración regional (Mercosur, Comunidad Andina, CARICOM, ALBA, UNASUR, etc.), que evidencian la fragmentación y la existencia de paradigmas bien diferenciados en el continente. En este contexto, el autor se interroga y busca ofrecer

respuestas sobre el rol que deberán asumir las organizaciones de la sociedad civil en los procesos integracionistas.

Salvador Raza, por su parte, aborda con singular agudeza crítica el caso de Brasil, afirmando que existen enormes confusiones en torno a la idea de una *visión estratégica brasileña*. La resultante de esta tendencia es la proliferación de una lectura insustancial, que impide sopesar los factores que dificultan que Brasil se transforme, definitivamente, en una potencia regional. Los objetivos del desarrollo y la seguridad deben ser encarados con premura, sin que ello signifique una amenaza para socios y aliados en la región.

Siguiendo con el caso brasileño, pero desde una perspectiva que enfatiza el conflicto doméstico, Pablo Dreyfus analiza la situación de Río de Janeiro, donde la problemática de la violencia urbana y de las áreas sin presencia estatal ocupan el centro de la escena. El ingreso del Estado como garante efectivo de la seguridad pública es fundamental, a juicio del autor, para que puedan ser desarrolladas políticas destinadas a la inclusión social y la generación de oportunidades para el grupo más afectado por la violencia: el que integran los jóvenes de bajos ingresos y escolarización incompleta.

El décimo capítulo, escrito por Fernando Mayorga, analiza el conjunto de desafíos que enfrenta Bolivia en su actual proceso de transición estatal. En esta línea, el autor aborda las transformaciones políticas e institucionales acaecidas en los últimos años y la viabilidad de las reformas que se propone el presidente Evo Morales. En suma, se trata de evaluar las posibilidades de concertación entre las diversas identidades sociales y proyectos políticos, a la vez que de sopesar si el MAS será capaz de articular estas demandas y convertirse en el catalizador de un nuevo proyecto nacional.

El undécimo apartado, a cargo de Isabel Licha, analiza la situación de marginalidad en que se encuentran gran parte de los jóvenes de América del Sur, resultado del modelo de sociedad que se fue gestando con las reformas de los años noventa. A juicio de la autora, la clave de la problemática juvenil radica en la alta fragmentación social del grupo, hecho que origina “múltiples juventudes”. El objetivo es avanzar en la implementación de políticas de juventud tendientes a la construcción de ciudadanía, de modo que las distintas juventudes puedan convertirse en actores de la transformación de su propia condición y contribuir a la producción de un proyecto alternativo de sociedad.

Federico Merke y Pablo Heindrich, por su parte, reflexionan acerca de las implicancias del ingreso de la energía a la agenda de seguridad, en lo que representa una superación de las visiones tradicionales que reducían la seguridad a los asuntos militares. De este modo, la penetración de la cuestión energética en las agendas estadounidense, rusa, china y europea implica que el tema está dejando de ser visto desde una perspectiva económica y ha pasado a ser analizado bajo el prisma de la seguridad energética o bien de la seguridad nacional. El trabajo analiza los escenarios que enfrenta América del Sur en esta materia y cuál podría ser su impacto en los procesos de integración regional.

El capítulo a cargo de Mariana Conte Grand y Vanesa D’Elía enfoca el desafío medioambiental de América Latina. Según las autoras, suele suponerse que las variables claves para evaluar si los países latinoamericanos lograrán implementar políticas más activas en favor de la conservación del medioambiente son el grado de desarrollo humano, la tasa de crecimiento de su población y el PBI per capita. Sin embargo, las

especialistas postulan que el cambio provendrá, fundamentalmente, de una mejor educación y una más clara valoración de las políticas ambientales concretas por parte de la población.

Alfredo Rangel, uno de los mayores estudiosos del conflicto interno colombiano, considera que la integración del país con sus vecinos –algunos de los cuales ven a Colombia como un exportador neto de inseguridad– constituye “el desafío fundamental”. Cuáles son los elementos distintivos del proceso colombiano y qué consecuencias podría traer la solución del histórico conflicto interno que aqueja a la sociedad, son las preguntas que intenta responder el autor a lo largo del ensayo.

El decimoquinto capítulo, a cargo de Horacio Sánchez Mariño, evalúa el proceso de intervención y la campaña militar de Haití. El autor, que considera a la MINUSTAH como un caso exitoso, parte del análisis de las doctrinas sobre cooperación e integración en materia militar que orientaron las políticas de defensa y relaciones exteriores en Haití. Desde su óptica, los militares del Cono Sur se convencieron de la importancia de avanzar en esta integración y desarrollaron ejercicios periódicos que facilitaron la interoperatividad y el conocimiento mutuo.

El destacado politólogo chileno Patricio Navia analiza el sistema político de su país, al que usualmente se califica de “estable y con partidos cohesionados”. Sin embargo, la amenaza populista que se cierne sobre América Latina también acecha al modelo chileno. A casi veinte años del inicio de la experiencia de la consolidación democrática, el sistema de partidos políticos está a las puertas de una crisis. La Concertación podría ser víctima de su propio éxito, al mostrarse incapaz de dar gobernabilidad a un país cuyo desarrollo económico, social y cultural ha evolucionado mucho más rápido que el de su propia clase política.

Entre los capítulos dedicados a temáticas específicas, se halla el de Andrés Gómez de la Torre, que enfoca la cuestión de las actividades de inteligencia en un contexto democrático. Según el autor, la precariedad que ha caracterizado la construcción de instituciones democráticas en la historia política latinoamericana impactó decisiva y negativamente en la creación de los servicios de inteligencia en la región. Los gobiernos del área recrearon agencias secretas muy politizadas, corruptas, al servicio del poder de turno y no de los intereses de Estado. Así pues, el contrapeso al poder encubierto y al *secreto de Estado* se ciernen como una compleja tarea pendiente

En el decimoctavo apartado, Fabián Calle reflexiona sobre el populismo en el actual debate académico y en las agendas de seguridad hemisférica e internacional. Según el compilador de la obra, el sentido común y la experiencia histórica nos indican que el populismo como fenómeno político, social y psicológico dista de ser un fenómeno meramente latinoamericano o privativo de los países subdesarrollados. Posiblemente el factor diferenciador en el caso de América del Sur, afirma el autor, sea la convivencia, en algunos de estos países, de tradiciones y conductas populistas con una estructura institucional y una cultura política que balancean parte de estas fuerzas y tendencias.

Julio Hang, por su parte, entiende que en la actual política de seguridad de Washington, América Latina carece de prioridad estratégica. Desde el punto de vista político, sólo el tema de la inmigración y de la población de origen hispano en los Estados Unidos puede dar un toque regional a los debates. Más allá de las zonas de ingreso mi-

gratorio, las prioridades regionales de la mayor potencia del planeta están dadas por la seguridad de las aguas y el espacio aéreo, la interdicción del narcotráfico, el eventual asilo a miembros del terrorismo internacional, el abastecimiento de petróleo y el futuro de Cuba.

Finalmente, Fabián Bosoer realiza en el último capítulo un excelente análisis acerca de las inéditas oportunidades y los desafíos comunes que enfrentan los países sudamericanos. Aparecen, entonces, cuestiones tales como la recuperación de las capacidades estatales, el aprovechamiento del ciclo de crecimiento económico sostenido, la lucha contra la desigualdad y la pobreza, y la elaboración de un nuevo modelo de desarrollo. Desde luego, ninguna de estas problemáticas es ajena al clásico dilema, actualmente reeditado, entre formas populistas y democrático-liberales de encarar los desafíos. En breve, la pregunta dominante en el discurso académico –que con lucidez trae a consideración Bosoer en su artículo– es si existe un nuevo paradigma de desarrollo democrático en América Latina.

En resumidas cuentas, *2010: una agenda para la región* es un muy buen trabajo de investigación, con las características que distinguen a los productos de calidad: rigor en la formulación de los argumentos, exhaustividad y claridad conceptual, con el valor agregado de ser el resultado de un esfuerzo colectivo –y generacional– comandado por dos jóvenes y destacados politólogos argentinos, con un futuro promisorio por recorrer en el campo de las ciencias sociales y los estudios internacionales.